



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 10487

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11/25 id.—La suscripción se contará desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 19 DE AGOSTO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: Au. Lorette, rue Cassanmartin 61; y J. Jones, Rambour-Montmartre, 31.

MATERIAL AGRICOLA

Presas para viños.—Bombas para trasegar, riegos, lavar y rociar plantas.—Norias para pozos, movidas a vapor vientos ó caballería.—Máquinas para taponar y limpiar botellas.—Espino artificial para cercados.—Arados de vertedera.—Desgranadoras de maíz.—Vías férreas, whitfoots, plitiformas, cables, etc., para transporte de frutos.—Azadas, legones, picos.—Tuberías de goma y otras.

CANTO PEREZ CURRI
12, CASTELLAN, 12.

Véase anuncio MODA Y ARTE en la tercera plana.

TAUROMAQUIA

FEMENINA.

Las leoneras una vez entre nosotros, han dejado precisamente en el nosotro no las leoneras, y eso es, precisamente también, lo que sienten muchos aficionados al toro y a las señoritas. Porque las señoritas constituyen una gran atracción digna de figurar en los carteles de cualquier circo aunque no sea tauromáquico, sino simplemente de clowns y titiriteros. Ellas como guapas, no son guapas; como distinguidas, no son muy distinguidas, aunque no dejan de distinguirse por algo. Ellas visten trajes ceñidos, lo cual es un aliente, y manejan el capote las banderillas y el estoque, que da gloria verlas, según la opinión de los técnicos.

No es nuevo esto de que las mujeres toreras. Nadie como ellas conocen el arte de poner y tomar varas. Nadie como ellas tienen la vista tan buena que vea las condiciones del buro en cuanto sale al redondeo. En este caso, el buro, vamos el animal, es el hombre. Eso sí, es más noble que un yera-gua y a veces más codicioso que un Miura. Acude al engaño, y se

empapa, se empapa, hasta que dobla la testuz y la «loreadora» lo descabella a pulso en la vicaría ó en otra parte cualquiera.

A veces, hay becerros, digo hombres, cobardones, y huidos. Pero para esos guardan las señoritas toreras las banderillas de fuego; que tal efecto hacen las miradas incendiarias, las sonrisas provocadoras y todos los demás accesorios en que esta prodiga la coquería, y el que no caiga humillado ante tales argucias y habilidades, es un marrajo. Pero ni eso salva del desdichado fin que espera al toro. Porque esta expuesto a que le suelten los cabestros y lo lleven al corral por inútil para la lidia. Lo cual quizá sea peor todavía que lo otro... En fin: hoy imperan en toda la línea las señoritas toreras, y a la plaza de toros acude el público para verlas.

Sería de lamentar que las cogiese un toro. Pero habría justicia. Vaya por todas veudas que sufren cogidas graves los tificantes burelés.

CALIXTO BALLESTEROS.

TIJERETAZOS

Según nos dice La Correspondencia de España, a un redactor del colega lo ha empapelado el juez por haberle enviado una tarjeta.

¡Cónchola!

Cualquiera felieta a ese juez con tarjeta el día de su santo.

Peró qué desgraciado es el género. Mientras se le da al hombre todo va bien y no hay personas más agasajadas ni más atendidas que los chicos de la prensa.

Peró hay que tocar un día en lo vivo, porque la opinión lo manda de acuerdo con la justicia, y no hay persona más mala que el periodista, ni más inútil ni más amigo de meterse en todo.

Qué sería de algunos caballeros que tosen fuerte si no hubiera prensa que

les diere a conocer y los empujara a las alturas?

Vivirían reducidos a su propia inutilidad.

Y está no lo digo por el caso del juez, porque después de todo, yo no sé lo que hay pasado para el proceso.

Un suceso de El Heraldo:

Dice El Diario de Málaga que al regresar el vapor «Sevilla» de los presidios menores de Africa, fue tiroteado por los moros ribereños al doblar el cabo Tres forcas.

Eso es que nos quieren pagar otra indemnización de guerra.

Copiamos:

«Es tal el calor que se siente en Tinej y Kasbah, que una gran cantidad de cartuchos que estaba depositada en un almacén, se calentaron y explotaron, causando gran alarma.»

Se recalentaron y explotaron en ambos puntos?

Eso es nada.

Aquí se aplica a la freiduría el combustible solar y se alloran el carbón.

Según dice un periódico palestino de Mordán, el señorador Call posee gran número de habilidades, demostrando de una manera notable la grosería.

Cuando va al Capitolio y ocupa su asiento, lo primero que hace es quitarse las botas y poner los pies sobre el púpitro.

Esos son costumbres que enseñan el trato.

Dedicado a la feria de cerdo, tiende a confundirse con los cochinos el representante del país.

Y no es solo el senador Call el que se va contagiando de la costumbre de los cerdos.

Dos compatriotas suyos, miembros distinguidos de una sociedad de agiotas, están preparándose para atravesar el continente americano desde San Francisco de Nueva York a cuatro patas.

Con lo cual, y una vez hecho el viaje, no hay que decir si habrán llegado al colmo de la notoriedad y la distinción esos dos cuadrúpedos.

Las noticias de la prensa confirman que las expediciones filibusteras que

habían preparadas en varios puntos de los Estados Unidos, han fracasado todas.

Más vale así.

Sobre todo si no viene el jurado con la rebaja.

LA CORRIDA DE BENEFICENCIA

Son muchas los elogios que se hacen del Circulo Militar, que entusiasta y generoso, ha puesto sus actividades a disposición de los desgraciados.

El pensamiento de celebrar una fiesta taurina ha sido acogido con aplauso. Y cosa para aquí, donde todo o casi todo se olvida cuando se habla de cuadrillas y de toros, se aplaude más que la fiesta el pensamiento.

Con motivo de esta fiesta y de su finalidad se ha establecido un verdadero auxilio, caritativo y seguro, así al anexo, lo esperamos que la cantidad que se recaudará en esta ocasión, lo bastante para pagar los sentimientos generosos de este pueblo que tanto se esfuerza en hacer resaltar el más bello de sus sentimientos, la más preciosa de sus virtudes, la caridad que le empuja y la proclama como uno de los más humanitarios de la tierra.

Dar una corrida en este tiempo, cuando están tan cerca las de feria y tan próximos las de Murcia haría pensar en un fracaso; pero para beneficio de los heridos de Cuba, y no duda nadie de que se cubrirán los gastos con respetable exceso. Juegan en este asunto muchos prestigios y sanas voluntades para asegurar el resultado.

Mañana embarcará a Cádiz, en cuyo puerto embarcarán para Cuba, doscientos sesenta soldados de infantería de Marina. A último de mes embarcarán por la estación, a por el muelle, según disponga el gobierno, quinientos del regimiento de Sevilla con igual destino, y no tardarán en marchar otros quinientos de España que seguirán idéntica ruta.

A despedirlos bajaremos a la estación, ó acudiremos al muelle y gritaremos ¡viva la Marina! ¡viva el Ejército!

Pasará el tiempo; algunos de esos soldados volverán inutilizados en el servicio de la patria común, y es necesario que cuando vuelvan a pisar tierra española, encuentren en ella un presente y que ellos trabajados en su favor en la medida de nuestras fuerzas.

La gestión del Circulo Militar no puede ser un fin en sí misma, la más sublime de las virtudes humanas es la caridad.

EL NIÑO PERDIDERO

Nuestros lectores recordarán que hace año y medio se formó en esta ciudad una compañía de pequeños cantantes de zarzuela.

Formaba parte de ella una corporación, y en ella a él el niño Ramón Perdiguer, hijo de un modesto empleado de esta sucursal del Banco de España.

El niño Perdiguer, que formó la compañía era marchar a América a explotar el género chico, y cuando los ensayos a que sometió a los niños, los que se habían formado en el momento oportuno, había llegado, se embarcó para Ultramar y allí continúa realizando sus propositos.

Con tal director y con tal compañía ha hecho fortuna el niño Perdiguer, es decir ha progresado en su carrera artística, descollando ya bastante entre sus pequeños colegas.

El niño Perdiguer, en su compañía en la ciudad de Bolívar, perteneciente a la república de Venezuela, y allí está también el niño Perdiguer haciendo las delicias de los americanos en sus papeles de bajo cómico.

Recientemente ha celebrado dicho niño su beneficio, dedicándolo al consejo municipal de Bolívar, y tan buenos recuerdos ha dejado y tanto ha agradecido el concejo la distinción que le ha dirigido la siguiente carta al Director de la compañía D. Joaquín Ferrer.

«Ciudad—Bolívar 21 de Julio de 1896 Ciudadano D. Joaquín Ferrer, Director de la Compañía Infantil de zarzuela española.

El presidente del Consejo Municipal que presido, envío a usted cuarenta y ocho bolívares (48 duros) para que ponga la bondad de ponerlos en manos del niño

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ALICIA O LOS MISTERIOS

346

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

do yo pensaba que no me quería tanto como yo deseaba.

—Ese era sin duda, un pensamiento vano. Se os pare vuestra madre?

—Me contemplaría feliz solo con poder imaginarlo. Ahí si la corolcérais muchas veces he deseado que fúdesis amigos, ella y vos. Ella es la que me ha enseñado a cantar vuestras melodías.

—Mi querida mistress Haré, dijo la voz penetrante de lord Margrave, nosotros haríamos bien igualmente en descubrir vuestras cartas; habeis jugado admirablemente y sé que la última carta que os queda en las manos es el as de triunfo; sin embargo la suerte nos es contraria.

—No, no, jugad milord: os suplico que juguéis.

—Es enteramente inútil, replicó Lumley tendiendo sus reyes y levantándose con un bostezo indife-

rente. Como estáis, mistress? —Ella le levantó la voz, y le dijo: —Mistress Haré, me habéis enseñado a cantar vuestras melodías. El señor Margrave se alejó ahogando un suspiro. En un momento después vio a lord Margrave, sentado en la silla que él había de ocupar, y le dijo: —Mistress Haré, me habéis enseñado a cantar vuestras melodías. En un momento después vio a lord Margrave, sentado en la silla que él había de ocupar, y le dijo: —Mistress Haré, me habéis enseñado a cantar vuestras melodías.

recursos; en ninguna podría estar solo. Pero no partireis inmediatamente?

—No, inmediatamente no. Evelina se sintió algo reanimada.

—Habeis leído, añadió él, los libros que os he en viado? (Era una obra de madama Stael)

—Sí, pero ellos me han dado aliento.

—Por qué ella es elocuencia.

—Pero, es verdadera? ¿En la vida tan melancólica, que con los afectos de una mujer que os apa-

recen esos? Peró, antipático decís que soy, tan feliz como los que amo. Cuando estoy con mi madre el aire me parece más perfumado, me aliento con un azul más puro: ahí seguramente no son las efusiones, si-

no la falta de ellas, lo que nos entristece.

—Así puede ser, claro, pero si no habiéramos conocido nunca la dolzura de amar, no se habrían de menos. La brillante francesa se hallaba inspirada por la memoria, cuando vos lo estáis por la esperanza y la memoria no es más que el fantasma de la felicidad. Sin embargo, hasta en el tiempo de la existencia de una efusión lírica y dichosa, hay el momento en que se experimenta una especie de melancolía, de temor. No habeis sentido jamás al-

guna cosa semejante aun con... vuestra madre?

—Ahí sí, cuando ella padecía, ó también, cuan-

to, dijo lord Duffmore con un acento solemne. No es decir, eso que el campo no me parezca bastante agradable, durante tres ó cuatro meses al año, teniendo baza en aban lapela, mucha gente dentro de casa sin contar con la vejez; pero si me condenaran a vivir en un solo punto, yo escogería a París.

—Oh! París nunca he estado en París. Me gusta tanto viajar! dijo Carolina.

—Pero las personas son diferentes en el extranjero. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.

—En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.

—En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.

—En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.

—En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.

—En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.

—En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes. En París son diferentes.